

historiadores han reanudado su interés por el pensamiento histórico y filosófico del siglo XIX francés, en particular el de los doctrinarios como Guizot y de los liberales como Benjamin Constant y, sobre todo, Tocqueville particularmente ensalzados por Ortega en el “Prólogo para franceses”. Hoy, libros y coloquios plantean la cuestión de la búsqueda de un denominador común europeo alrededor de una entidad espiritual. La presentación de la recepción de la obra de Ortega por José Luis Goyena permite descubrir esta preocupación latente en toda su obra.

Así es como, gracias a esta iniciativa de la casa editorial Les Belles Lettres, el lector francés dispone de la edición completa de *La rebelión de las masas*, así como de un instrumento explicativo actualizado para nutrir sus reflexiones.

Ahora bien, si hubiera una salvedad que hacer a José Luis Goyena tal vez

sería la elección de la cita de Vargas Llosa cuya eminencia, por cierto, realza más aún la contemporaneidad de Ortega al saludar su obra. Sin embargo el escritor peruano echa de menos la falta de la problemática económica en el liberalismo defendido por Ortega. Si ésta falta efectivamente en *La rebelión de las masas* hay que recordar que desde los años veinte nuestro filósofo ha seguido informándose y ha tocado este tema en sus artículos de *El Sol* en particular sobre la participación de los obreros en los beneficios de la empresa que son señas de una preocupación precursora por temas económicos desconocidos entonces por muchos contemporáneos suyos.

De todas maneras es relevante la contribución de José Luis Goyena al conocimiento académico de Ortega en Francia pues procura al lector temas instructivos sobre el tan problemático tiempo nuestro.

ARGENTINA, UNA PASIÓN ORTEGUIANA

CAMPOMAR, Marta: *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*. Madrid: Fundación José Ortega y Gasset / Biblioteca Nueva, 2009, 939 p.

MARCELA GARCÍA SEBASTIANI
ORCID: 0000-0003-0869-3924

En este voluminoso y denso ensayo Marta Campomar aporta espacios y conocimientos a un campo que, a su juicio, no estaba suficientemente explorado en los estudios orteguianos. Esto es el del descubrir y contemplar el pensamiento de José Ortega y Gasset, y sus reflexiones sobre

el pasado, el presente y el destino de Occidente, en medio del dilema de la identidad histórica y cultural de la joven nación argentina en los tiempos de entreguerras. O sea, en un periodo de cambio social imparables como resultado de la inmigración, de un Estado en transformación y de indagaciones sobre el cosmopolitismo, las herencias y las esencias nacionales. El contexto favoreció a la puesta en marcha de empresas regeneradoras de identidad surgidas desde la sociedad civil como la de la Institución Cultural Española, impulsada por la colectividad española en Buenos Aires y

Cómo citar este artículo:

García Sebastiani, M. (2011). Argentina, una pasión orteguiana. Reseña de “Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española” de Marta Campomar. *Revista de Estudios Ortegaianos*, (22), 246-250.

<https://doi.org/10.63487/reo.488>



a cuyo frente despuntó por años Avelino Gutiérrez. La Institución Cultural Española sorteó las diferencias de la colectividad, se empeñó en modificar la imagen negativa hacia España que pesaba en la sociedad argentina, e inició un programa para que una nueva generación de pensadores y científicos españoles desplegaran, en América, el saber y la novedad en sus disciplinas en una Cátedra creada para tal fin por la Cultural. El proyecto contó con el apoyo institucional de la Junta para Ampliación de Estudios (JAE) de España y de la Universidad de Buenos Aires y, para eso, fue crucial el entendimiento de los médicos Avelino Gutiérrez y Santiago Ramón Cajal. Pero, sobre todo, convirtió a la Institución Cultural Española desde sus orígenes, durante los años de la Gran Guerra, hasta los comienzos de la década de 1940, en el epicentro de las polémicas sobre la herencia española en América. José Ortega y Gasset intervino en la Institución durante su primer viaje a la Argentina en 1916, regresó a la Argentina en un segundo viaje en 1928, y ofreció a finales de 1939 un discurso de conmemoración para las Bodas de Plata de la Cultural. Esta última vez como exiliado y siendo consciente del final de un proyecto con el que se había implicado a lo largo de los años. De hecho, tanto su vida como su obra estuvieron envueltas en la historia de esa voluntariosa institución entre 1916 y 1942, cuando finalmente decidió regresar a Europa.

Ortega no discutió sobre las cosas de España entre los argentinos o entre los españoles que vivían con ellos, sino que analizó las idiosincrasias compartidas y diferenciadas entre unos y otros, y

atendió a los problemas sustanciales de los argentinos de aquella época: el antihispanismo, la identidad nacional, los resultados de la inmigración, los cambios en la moral colectiva, la inadecuada elección de valores para construir futuros, la falta de eficacia de lo público, lo efímero en un universo cosmopolita. En definitiva, las formas de construirse como nación. Su público fue cambiante y diverso, según las circunstancias. Ejerció su docencia entre jóvenes, mujeres, estudiantes universitarios, periodistas, profesores, autoridades públicas, ex presidentes de gobierno, oyentes de radio y lectores de periódicos y revistas culturales. Y, a lo largo de aquellos años, fueron sus tribunas la Institución Cultural Española, el Instituto Cultural de Conferencias de *La Prensa*, la sede de Amigos del Arte y, dentro de la prensa argentina, *La Prensa* y *La Nación*. Sus opiniones y análisis generaron adhesiones en determinados ambientes intelectuales. En otros, provocaron suspicacias y recelos porque no aceptaron la filosofía y las prédicas orteguianas sobre los desencajes de Argentina como nación. De las críticas se hicieron eco publicaciones como *Nosotros*, *La Época*, *Martín Fierro*, *Revista de Filosofía*, *Sur*...

El libro transita ese recorrido no siempre linealmente sino salpicado de los contrastes de la historia cultural e intelectual argentina y de las diferentes corrientes de pensamiento que el lector descubre en apartados, epígrafes y entre otros muchos saltos del tupido relato. Campomar hilvana la historia contada con *Los Anales de la Institución Cultural Española* que, aunque con alguna discontinuidad, se publicaron durante el perio-

do estudiado. Confronta a aquéllos con la opinión de la prensa argentina más que la española, y con otros documentos conservados en la Fundación Ortega y Gasset y en la Residencia de Estudiantes de Madrid. Con artículos, crónicas, transcripciones y originales de conferencias construye una historia de la Institución, de las personalidades académicas, políticas, culturales, de los personajes de la colectividad española en Buenos Aires con ella relacionados, y de los debates que generaron sus conferencias y actividades. El estudio está escrito con amenidad más que con pulcritud de referencias (falta, por ejemplo, una bibliografía). Y se suma así al renovado interés historiográfico sobre el hispano-americanismo en los comienzos del siglo que vivimos y a la luz de los bicentenarios. De allí que algunos pasajes del pasado contado en este abultado ensayo se relacionen y se piensen a partir de los problemas actuales.

En el libro se entrecruzan dos objetos de estudio: por un lado, el pensamiento de Ortega y Gasset elaborado y hecho público en Argentina en los años de entreguerras y, el otro, la historia de la Institución Cultural Española, desde sus orígenes como proyecto en los comienzos del siglo XX hasta su declive y conversión en otra cosa durante los años cuarenta. El relato de Campomar atiende, fundamentalmente, a tres cuestiones. Primero, a la evolución de las ideas de un intelectual en medio de la incertidumbre europea y del despertar norteamericano en los años de entreguerras. Segundo, a los debates en torno a

los valores políticos, sociales y culturales con los que se estaba construyendo la identidad nacional argentina durante aquellos años. Tercero, al papel desempeñado por la colectividad española en Buenos Aires en la Institución Cultural Española, una empresa que enaltecía prestigios, honorabilidades y que más tarde generó nuevos proyectos de identidad a la distancia. Dos partes organizan el relato en el que se dibujan el clima y los actores que intervinieron en esta historia intelectual y cultural.

En la primera de ellas, la narración gira en torno a cómo Ortega y Gasset y la Cultural se esforzaron por descifrar a España, su legado y su presente, en la identidad nacional argentina. Sus páginas condensan los antecedentes, los entornos y los resultados del camino iniciado tras el primer viaje de un joven Ortega y Gasset a Argentina en 1916 junto con su padre. “Deshispanizar América: el problema de la herencia española en Argentina” enmarca, justamente, las razones del antihispanismo de los sociólogos argentinos más representativos de los principios de un cientificismo positivista como clave para el progreso nacional (Mario O. Bunge, José Ingenieros o José Ramos Mejía) y los orígenes del hispanismo en el nacionalismo argentino de aquellos intelectuales que crearon espacios para proyectos comunes (Ricardo Rojas y Joaquín V. González). Los primeros pasos para el acercamiento hispanoamericano se concretaron a partir de la sintonía de estos últimos con ilustrados miembros de la colectividad española en Argentina. De

allí surgieron las iniciales colaboraciones de Ortega y Gasset en la prensa porteña, la idea de los inmigrantes españoles más ilustrados de unir y destinar fondos y energías a favor del resurgimiento científico y cultural de España, y el primer viaje de Ortega como el comienzo de otros sucesivos intercambios organizados entre la JAE y la Cultural. Por ellos pasaron matemáticos, físicos, filósofos, lingüistas, biólogos, médicos, profesionales del Derecho, historiadores; todos ellos desfilan en los detallados relatos de contribuciones académicas, polémicas e itinerarios. Los capítulos colocan a Ortega y Gasset en medio de las controversias y los problemas de la colectividad española, valoran el impacto de su viaje, recrean los ambientes intelectuales, culturales y políticos en los que se vio implicado, desgranar los temas tratados en sus artículos, cursos y conferencias y, por fin, construyen el desarrollo de su pensamiento a partir una experiencia vital. Por entonces, Ortega recogió impresiones sobre la pujante nación, el optimismo de su gente, los resultados de la inmigración, la esencia de la identidad nacional, el patriotismo exagerado de los españoles en la emigración y la capacidad del Estado para lograr cohesión social. Procesó aquéllas para sus lecturas acerca de la crisis de los valores liberales y democráticos que asolaba a la Europa de posguerra. Y, también, para sus lecturas sobre las herencias españolas en la identidad americana y sobre la oportunidad de una “unidad espiritual” de naciones latinas frente a la pujanza norteamericana. Lecturas, unas y otras, que presentó en ensayos y artículos de opinión ante el público argentino. Y es

que, como señala Campomar, Ortega y Gasset influyó en el debate público argentino desde fuera. Como ejemplo, que cierra esta parte del libro, el ensayo *España invertebrada –1922–*, cuyos comentarios sobre los problemas de España en el contexto nacional y europeo movilizó opiniones, porque, el análisis de las causas de la falta de vertebración de España atendía a los problemas relacionados con la centralización y descentralización del Estado, a la inclusión o exclusión de la diferencia cultural, y al papel de las minorías selectas para dirigir proyectos. Sus reflexiones recogían parte de sus impresiones americanas al tiempo que ofrecían mensajes tanto para los argentinos como para los españoles en la emigración.

En una segunda parte del ensayo, el pensamiento de José Ortega y Gasset y la historia de la Institución Cultural Española fluyen en medio de las “Controversias americanas sobre identidades y nacionalismos transformadores” que se desplegaron con fuerza durante las décadas de los veinte, treinta y cuarenta del siglo XX. Entonces, las polémicas sobre qué definía la identidad nacional invadieron los espacios de reflexión y de vanguardia cultural argentinos. En ese contexto, la Cultural siguió siendo el refugio del españolismo en América y Ortega incorporó al debate nuevos trabajos que incluían reflexiones sobre la naturaleza del Estado, la idiosincrasia nacional y los valores éticos, como “El hombre a la defensiva” y *La rebelión de las masas*, y sugerían reacciones entre el público argentino. Después de todo, como había comentado Francisco Romero en la revista *Sur*; Argentina le había servido como laboratorio

de observación. En esos años, las trayectorias de la Institución y del pensador se vieron afectadas por los trepidantes cambios en la vida política española y argentina, con nuevos regímenes políticos, gobiernos desbordados de incertidumbres y, en el caso de España, una guerra civil y exilios. Campomar contempla ese escenario de transformaciones, pero concentra la atención en los diversos ambientes en los que Ortega desplegó sus ideas y en las polémicas que ellas generaron en los diferentes momentos entre su segundo viaje a Argentina (1928) y su exilio (1939-1942). El fondo de la discusión era el mismo que años antes: el tipo de civilización que las naciones europeas habían impregnado a América Latina y los temores del ascenso norteamericano en occidente. Pero los debates sobre las herencias y las identidades contrastadas se habían enriquecido con temas y elencos renovados de intérpretes que, con detalle, Campomar presenta a través de los capítulos: Waldo Frank, el Conde Keyserling, Ramiro de Maeztu, Emilio Ravignani, Manuel Gálvez, Roberto Giusti, Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Marechal, Francisco Romero, etc... Todos ellos fueron testigos de cómo en aquellos años el hispanismo mostró más de una cara en su propagación americana. Asistieron, por un lado, a la construcción del mito de la hispanidad de bases cristianas y humanistas que alentó Ramiro de Maeztu mientras fue embajador del régimen de Primo de Rivera y que casó bien con las derechas nacionalistas argentinas. Y, por el otro, a la resistencia del secularismo europeísta que representaba Ortega y Gasset. Cada uno tenía su público y los proyectos diferentes

calaron dentro y fuera de la Institución Cultural Española. Con todo, fueron años de fructíferos intercambios hasta que se alteraron a raíz de la convulsionada República y la Guerra Civil. El ensayo recoge la pléyade de disertantes que pasaron hasta entonces por la Cultural y las polémicas americanistas que provocaba Ortega y Gasset desde *La Nación*. Y, por fin, la autora aborda el ocaso del proyecto y, por tanto, de la estructura científica construida entre la Cultural y la JAE. En este último tramo de la historia, Campomar relata la incómoda experiencia de Ortega y Gasset en sus años de exilio porteño, contemporánea a la de María de Maeztu, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala. Por entonces, el intercambio iniciado por Avelino Gutiérrez y Santiago Ramón y Cajal estaba roto; no había podido resistir, como tantas otras cosas, a la Guerra Civil. La postguerra acabó reorganizado a la Cultural que sucumbió a las soflamas del franquismo y al proyecto aglutinador del peronismo. Un último capítulo ordena las diferentes etapas de la trayectoria de la Institución desde 1912 hasta entrados los años sesenta, cuando lejos quedaban los tiempos esplendorosos.

Con todo, el voluminoso ensayo condensa años de trabajo de Campomar dedicados al quehacer y al pensamiento americanista de José Ortega y Gasset, y al camino recorrido por una institución que fue, y al mismo tiempo, pretendió ser el enlace científico y cultural entre España y Argentina. Sus logros y fracasos, las enseñanzas y controversias que provocaron los resultados del intercambio en diferentes ámbitos públicos invitan a una lectura paciente de este libro.